

EL LENGUAJE, ESE DESCONOCIDO¹

Guillermo Bustamante Z.
Universidad Pedagógica Nacional

El sintagma que da título a mi intervención, “El lenguaje, ese desconocido”, ya figura en los estudios sobre el lenguaje. Se trata del título que da Julia Kristeva a uno de sus libros. ¿Por qué, entonces, lo retomo? Lo retomo para decir simplemente que las personas que se dedican a investigar algo con seriedad, con esa actitud que Aristóteles llamó en su momento “desinterés”, finalmente nos ayudan a entender que el objeto en cuestión es y seguirá siendo un desconocido. También podría decirse, al estilo socrático, “las cosas bellas son difíciles”, pero prefiero esa idea de las cosas – a secas, sin calificarlas de bellas o de justas, porque entonces Wittgenstein nos manda a callar – prefiero esa idea de las cosas como desconocidas. Y, en este caso, la cosa desconocida es el lenguaje. No obstante, esta posición no representa una pasión por el desconocimiento, como parecería a primera vista.

Dicho de otra manera, nuestro homenajeado, Tito Nelson Oviedo, es un hombre que ha trabajado seriamente y, en consecuencia, está convencido de algunas cosas, gracias a lo cual ha hecho muchos aportes para aquellos que estén causados en esa dirección y, sobre todo, que se tomen el trabajo de co-enunciar lo que él dice, pues tales aportes no pueden llanamente contemplarse, al estilo de quien cree que escuchando *Cuadros de una exposición* se equipara a Mussorgsky cuando vio las pinturas.

Pero el incesante tiempo irá transcurriendo y se confundirán las cronologías – como dice Borges –. Y al cabo de un lapso no sabrán las nuevas generaciones si hay que ubicar a Tito en el currículo donde se estudian quienes han descrito con rigor ciertos objetos reputados como reales, o si hay que estudiarlo en el currículo donde alojamos los productos de quienes inventan deliberadamente el mundo del que hablan. Así como Umberto Eco dice que si la frase “Ulises

¹ Este texto corresponde a la ponencia presentada por el autor en el XXII Congreso Nacional de Lingüística realizado en la Universidad del Valle del 7 al 9 de noviembre de 2002.

reconquistó el reino” nos suena a literatura, mientras que a los griegos les sonaba a historia, y que si la frase “Napoleón murió en Santa Elena” nos suena a historia, es porque en cada época hay códigos para reconocer de cierta manera los enunciados; lo cual implica que nuevas épocas, con datos ignorados o falsos, podrán interpretar que Napoleón era una leyenda.

No conozco a cabalidad la obra de Oviedo. Pero como fue mi maestro, me tocó leer varios de sus trabajos para meterlos en las bibliografías de los ensayos que nos hacía producir. Por lo tanto no voy a hacer un recorrido exhaustivo, un “estado de la cuestión”, un “estado del Tito”. Basta con un sesgo para rendirle el homenaje que, para mí, se merece.

Creo que Oviedo cree que existe el lenguaje. Creo que cree conocerlo. Cuando parece que alguien sabe más acerca de algo, en realidad lo que está es atravesado de manera distinta por ese algo... o por otra cosa. Pero, ¿cómo saber si otro sabe más o si se dedica a otro asunto, cuando los juegos mantienen cierta intraductibilidad entre sí?; ¿cómo entender, hablando en “fútbolés”, el sentido de una raqueta? En ese sentido, en lugar de ser la especialización motivo de admiración, debería ser motivo de sospecha. De donde un lingüista debe ser alguien que tiene “problemas del lenguaje”.

De tal manera, Tito tiene para con ese objeto una tal relación patológica — a sabiendas de que de lenguaje estamos enfermos todos —, que se dedicó a mirarlo; él sí fue a la exposición. Muy humano, no “humanista”, si atendemos al hecho de que las actividades del hombre tienen todas la particularidad de volcarse sobre sí mismas: el sexo es para el sexo, no para la reproducción — ésta suele ser un accidente —, la ley modifica la ley, el trabajo produce instrumentos de trabajo, la alimentación es semiofagia. Pues bien, el lenguaje es el único sistema de comunicación — según formalizó Benveniste — que se refiere a sí mismo; y, entonces, más que cumplir esa característica de autorreferencialidad de las prácticas humanas, la hace posible.

Tito, en consecuencia, es alguien a quien el lenguaje le hace pregunta, le pregunta. Sujeto causado y objeto causante. Es un curioso que no sólo usa el dispositivo, sino que se pregunta por su funcionamiento. ¿Funciona si miento? Es el tema de la ética discursiva... pero también del sexo. Así, gracias a su reflexividad, el lenguaje ha sido descrito. Pero, referirse a sí mismo, ¿es describirse? Tal como la palabra “palabra” es del lenguaje, la palabra “gramática” acompaña a la humanidad — con sus respectivas traducciones, claro está — desde sus albores. El *trivium* de los hombres en la cueva de Altamira era: pintar bisontes, mantener el fuego y hacer gramática. Desde ese momento, es una

tradición decir que tradicionalmente la gramática se ha entendido como un aparato formal. Yo diría que hay dos tipos de seres humanos: los que creen esa frase y los que no. Los que creen que hay denotación y connotación, y los que creen que “la denotación es el último grado de connotación”, como dice Barthes. Tito la cree porque ha estudiado. Los que no la creen es porque el instrumento les produce otro tipo de curiosidad – por ejemplo una que llaman “caso omiso” –. Pero los hombres se siguen subdividiendo y se pueden hacer diagramas arbóreos, de esos que pinta Chomsky cuando no está hablando mal del neoliberalismo. Y en esas ramificaciones, algunos tienen por costumbre hacer de cuenta que lo descrito no está meramente descrito, sino que, por arte de la descripción, es, existe. La descripción “lo promueve a la existencia”, como decía un socio de Oviedo.

Eso es lo que ha pasado con la gramática. Tito es de los que hace gramática, no de los que toma lo descrito como existente... aunque guarde la esperanza de que su descripción cumpla la *adaequatio rei et intellectus*. Desde chiqui-Tito anda preocupado porque el lenguaje descrito – lo obligaban a conjugar usando “vosotros” – no coincide con el que él percibe. Por ejemplo, algunos hombres, incitados por los mecanismos que los hacen posibles, han pensado – a favor de dichos mecanismos – que el lenguaje puede ser descrito sin – o con muy poca – relación con la significación y con la interacción. Son quienes han optado por no dar valor a aquello que, de tenerlo, habría generado tal heterogeneidad lingüística que, de creer (ojo que se trata de una suposición en el seno de otra) que el lenguaje tiene alguna función en la producción de lo humano, aquellos no habría heterogeneizado al punto de hacernos especies distintas. Estos son los que describen el lenguaje en sí mismo. Pero hay quienes lo conciben en y para la interacción. Los primeros no desconocen que hay interacción; los segundos no desconocen que hay formas. De aquí en adelante hay una dificultad muy grande: ¿gracias a ser algo en sí mismo es que se puede usar de maneras tan diversas y continuar sirviendo para esa multiplicidad? ¿Controlamos su estructura y su funcionamiento o, más bien, ellos nos controlan? ¿Su destino es la producción de significación o quien se cruza en su camino también queda marcado de una manera irreversible?

Cuando Tito dice que la lengua es un complejo estructural, configurado generativa y transformacionalmente con elementos de diversos estratos de la experiencia humana, se revela instalado en el ámbito de esas preguntas. Pero seamos más puntillosos: la estructura de la mente, ¿es formal?, el nivel más subyacente – que él y otros buscan – ¿puede ser un sistema de representaciones

de relaciones evenimenciales y existenciales? Y si fuera así, ¿en qué se basaría?, ¿de qué estaría hecho? Fíjense que tenemos nuevas palabras, nuevas perspectivas; ya no estamos en una gramática normativa. Pero si somos un tanto condescendientes, estos asuntos no le eran extraños a Saussure – por sólo citar un hito, un hito – cuando hablaba del pensamiento como masa amorfa donde nada está delimitado y del significante como lo que permite distinguir dos ideas. Si, como él decía, no hay ideas preestablecidas antes de aparecer la lengua; si la sustancia fónica no es un molde a cuya forma el pensamiento deba acomodarse... la lengua no sería un medio para expresar el pensamiento y la combinación de elementos de órdenes distintos produciría una forma, no una sustancia. Parecemos engrosar las capas del significante y del significado, pero no necesariamente salir de la problemática allí representada.

Del otro lado, el juego tiene otras reglas, con lo que el impacto del hombre sobre el lenguaje aparece visible... en lugar de una idea del lenguaje como instrumento. Y entonces a Tito le aparece visible la mezcla de niveles de análisis que hay en las categorías y funciones que se producen para el lenguaje, y que, sin embargo, casi toda la cosecha de los que tenemos problemas del lenguaje vamos a usufructuar como descripción del objeto. Descreer de la preceptiva, de las declinaciones como paradigma, de los clásicos como valor agregado del lenguaje, no hizo más que volvernos a arrojar a la pregunta: al fin y al cabo el lenguaje, ¿qué es? Pues bien, Tito vuelve a preguntar a los instalados en la nueva posición, poniendo en problemas nombres muy famosos. Por eso tal vez todavía no es profeta en su tierra. La demoledora crítica de Baena a los filósofos del lenguaje no trasciende porque nació en Aguadas, porque los otros, que venden más ejemplares, pueden citar a sus antecesores de varios siglos que trabajaban incluso en el mismo escritorio, regentando idéntica cátedra. Esperemos que el análisis de Oviedo no corra igual suerte, por el solo hecho de saber nosotros que es un hombre de carne y hueso – vaya uno a saber en qué proporción – y nacido en el Tolima. Pero la tiene difícil, porque los contrincantes son hombres de la talla de Chafe, Halliday, Cazden, etc., quienes en su intento de disputar a ese “Emporio gramatical de conocimientos benévolos” – en el que las nociones gramaticales de lejos parecen moscas – , no han introducido otro piso desde el que las cosas se ven claras. Más bien han introducido las perspectivas que nuevas épocas u otros contextos depositan sobre los hombros de los investigadores. Y algunos creen esas nuevas descripciones... están en su derecho, están en su época.

Pero, ¿cómo no dejarse ganar tanto por los referentes de la época como por la estructura de la propia lengua? Los griegos pensaban que entre lógica y gramática – del griego – se podía poner una igualdad. Nosotros, que nos creemos menos miopes, disputamos sobre estructuras gramaticales subyacentes que no pocas veces son las trampas de nuestras estructuras superficiales. Cambiamos unas confusiones por otras. Desde luego que se necesita quién venga a señalar que hay confusión. Ahí está Tito para decirnos que los prestigiosos investigadores del lenguaje incorporan lo que aparentemente se quedaba por fuera, con lo que sin embargo causan una nueva amalgama que tiene el agravante de proclamarse en el lugar de lo que produce esclarecimiento. Todos, de manera indefectible, saltan a palestra poniendo lo que supuestamente el otro dejaba por fuera, tal vez porque no tienen la necesidad de entender que el otro – quiéralo o no – construye una totalidad en la que los datos o bien quedan descritos a su manera o bien no tienen pertinencia desde su perspectiva.

Me queda fácil ejemplificarlo con Chomsky – por Oviedo aprendí a estimar a Chomsky, sin necesidad de estar de acuerdo con él – : todos acusan al lingüista norteamericano de dejar por fuera a los hablantes de carne y hueso, y a las comunidades lingüísticas específicas. Pero él, de un lado, se ocupa de ambas cosas a su manera: manera tal vez más valiente que la practicada por aquellos que quieren explicar esas realidades simplemente como interacciones simbólicas, sin ocuparse de una reflexión sobre las relaciones de fuerza; y, de otro lado, Chomsky solamente ha dicho que no tienen pertinencia *gramatical* (es decir, que tienen otra pertinencia que no coincide con lo que a él le interesa investigar cuando hace lingüística). Y sus críticos le dan la razón al tener que inventarse, como Hymes por ejemplo, la “etnografía del habla”, que funda otro objeto, sin “ampliar” aquel de la lingüística chomskyana.

Entonces, otras vez estamos en las mismas, pero distintas, porque hay que volver a ejercer el seso para que sea inteligible que el otro veía completo porque materializaba una perspectiva, y que la “incompletud” es sólo la sensación que produce la presencia de otra perspectiva. El lenguaje, ese conocido de una manera siempre distinta, o sea, finalmente desconocido. Por eso, el estatuto del “dato”, el que nadie quiere dejar por fuera, siempre cambia. Es frecuente que el todo cambie y que lo que al uno le parece un desecho al otro le sirva para fundamentar su revolución (cf. la relación entre Ptolomeo y Copérnico).

Y todo este esfuerzo, insisto, no hace más que evidenciar que nuestro ejercicio, más que ser la descripción, cada vez más se revela como un establecimiento de límites. Por eso, si no nos hace falta lo sabido para dar clases

de lenguaje, o — como se dice hoy sin vergüenza alguna — para desarrollar la competencia comunicativa de los estudiantes, el estatuto del objeto parece oscilante. Y, qué pena con Halliday, con Chafe, con Cazden, con la Gramática generativa transformacional, pero el lenguaje sigue siendo desconocido. Que era historia, resultaba algo indiscutible... pero vino Saussure y dijo que era sincronía. Que era estructura, significante y significado, resultaba indiscutible... pero vino Chomsky y dijo que era funcionamiento. Que era funcionamiento, resultaba algo indiscutible... pero vinieron las teorías del discurso, del texto, de la comunicación y dijeron que era uso. Y lo peor de todo es que, después de Saussure, hay quienes siguen cultivando el lenguaje como historia; y, después de Chomsky, hay quienes siguen siendo estructuralistas a la francesa; y, después de las teorías del uso, sigue habiendo sintacticistas; etc. Y ni siquiera digamos que siempre hubo y hay muestras de muchos enfoques al mismo tiempo, porque entonces ya nos confundimos demasiado. Y, reitero, la razón de abandonar ciertas perspectivas, de pasarse a otras (como van Dijk, por ejemplo), no tiene que ver con implicaciones lógicas. Épocas, publicaciones, editoriales, fama, moda, intereses, deseos, el azar mismo... tienen que ver más con las transformaciones en las disciplinas, que una supuesta “evolución” que las llevaría en una dirección de acumulación positiva.

El lenguaje sigue siendo un desconocido. Ni una sola categoría habla pan-lingüística. Ni una sola afirmación es aceptable por todas las tendencias que se ocupan del asunto del lenguaje. Desde la presunta discusión entre Hermógenes y Cratilo, hasta el debate entre Piaget y Chomsky en el «Centro Royaumont para una ciencia del hombre» (1975). Hay “giro lingüístico”, pero ¿para dónde gira? Hay un paradigma lingüístico, pero a su amparo pulula la heterogeneidad.

Algunos piensan que esto tiene solución, mediante la maniobra de introducirse más en el punto; se cree que subdividiendo cada vez más la materia, se va por un camino de precisión creciente, dejando atrás las bases inamovibles para hallazgos posteriores. Lamentablemente, esta promesa que nos hizo la modernidad no se cumplió. He aquí unos ejemplos:

- En primera instancia, según el publicitado principio de incertidumbre de Heisenberg, a medida que aumenta la posibilidad de hallar la posición precisa de una partícula subatómica, disminuye la posibilidad de describir su velocidad y viceversa.
- Mientras más dividen la materia los físicos, más energía tienen que poner, lo cual equivale a lo contrario de fraccionar, es decir, ya no dividen la masa sino que la crean. Por esto, Chernogórova puede decir

que la partícula elemental es el universo. La divisibilidad tiene límite y le pone un límite a la ambición omnicomprendiva.

- Los físicos encuentran que en la “composición” de una partícula se encuentra otra que a su vez se halla compuesta por aquella de la que aparentemente hace parte. Entonces, ¿quién compone a quién?
- Así mismo, cuando se encuentra una correlación estadística entre dos factores, podemos desglosar más alguno de ellos, con la esperanza de precisar el sentido de la correspondencia; pero, al buscar con la nueva categorización, puede que ninguna de las subdivisiones esté asociada, o que algunas lo estén en sentidos distintos entre sí o frente al todo; en estadística, este principio se llama “paradoja de Simpson”.
- Es el mismo efecto que contemplara André Martinet cuando entendió que si tomáramos literalmente la idea de “transcripción fonética” sería imposible terminar de marcar los rasgos de la materialidad física del sonido. Lo que llamamos una “transcripción fonética” es un acuerdo de no llegar hasta lo -ético y sí hasta el punto en el que lo -émico nos marque el camino.

Como decía Zuleta, la realidad no es una fuerza probatoria... esto siempre y cuando leamos tal sentencia desde la perspectiva de Borges, quien, para homenajear al más obscuro de los escritores de horror, dijo: “si viéramos el universo, tal vez lo entenderíamos”.

Bueno, igual le ha ocurrido a Oviedo, con iguales efectos epistemológicos. Por ejemplo, en relación con los verbos y los eventos, tema importante en la Universidad del Valle mientras no sufrió el desdén de quienes – humanos, al fin y al cabo – deciden mirar para otro lado, sin que esa decisión tenga mucha compasión por las razones lógicas... tal como, en general, les ocurre a las decisiones: concluir produce una solución de continuidad en relación con la comprensión. Hasta Popper se vio obligado a reconocer que “El acto por el que se inventa una teoría no requiere análisis lógico”.

Entonces, cuando aquí se hablaba mucho más de la relación entre los verbos y los eventos – categorización fundamental para quien busca diferenciar los planos formales y los ideativos –, se pensaba con toda razón en el anisomorfismo que hay entre los dos conjuntos. La unidad “ideativa” – en terminología oviediana – puede estar representada por un verbo, que parece serle connatural, pero igual puede estar representada por cualquier otro tipo de palabra, por un sintagma, o por una parte de una palabra; así mismo, un verbo puede apuntar a uno, a varios o a ningún evento. Pues bien, Tito se puso a escarbar más y encontró que, más que aclararse, las cosas se complican.

Resulta que lo “ideativo” no es el punto donde la representación conceptual aprehende lo real, sino el punto donde lo ideativo se ha situado a sí mismo como un acuerdo para operar. O sea, lo que decíamos del límite que la fonología — y no la realidad — le pone a la fonética.

De ahí que Oviedo se vea obligado a decir que la significación estructural se origina en la percepción del mundo *que quepa o se origine en la mente*. Por eso es posible seguir hablando y, por ejemplo, tener la “causa” como uno de los organizadores del discurso, independientemente de que el concepto mismo de “causa” esté en entredicho. Tito encuentra que los eventos se fusionan, porque si no, sería imposible hablar:

- Para decir “asé la carne”, tendría que mencionar una cantidad inmensa de eventos que buscan que a la carne le suceda asarse; “asar” no es algo que yo pueda hacer, pero tampoco lo dejo al azar.
- Hitler no mató millones de judíos.
- Recibir un paquete no es del mismo orden que recibir una pedrada (y no por la diferencia entre “paquete” y “piedra”, pues también puedo recibir una piedra — que como coleccionista esperaba por correo — y un paquetazo).
- A “procrear” le caben todos los eventos que no se dicen en esa palabra, que no tienen por qué entenderse para hablar... ni para procrear, y que incluso se pueden concebir culturalmente de manera diversa, excluyente.
- En lugar de “matar”, lo que existe es un conjunto de eventos-causa cuyo evento-consecuencia es morir.
- La manipulación directa (para que sea posible “la buseta nos lleva”) o la manipulación inicial (para que sea posible “el computador detectó la interacción significativa”) nos hace poner al instrumento como sujeto.
- La posición del sujeto en la actuación, bajo hipnosis, cuando sueña, en la psicosis, que perturba la idea del agente como quien desencadena de manera consciente un evento.
- El hecho de que ante la expresión “boté el pañuelo”, el interlocutor pueda acusar al locutor de derrochador, de disimulado, de despistado, o bien aceptar que no tenía alternativa.
- La acción de la naturaleza y las fuerzas físicas que nos hacen poner, por ejemplo, al agua (cuando la sal se disuelve allí), o al viento (cuando los árboles caen bajo su paso) como sujetos.
- Etc.

Todo esto nos indica que nadie puede operar con lo real; a lo sumo lo delimitamos. Es, por el extremo del significado, lo que planteaba Martinet sobre el significante. No hay por dónde salirse a la dimensión cultural del asunto, no hay una mirada objetiva que permita sacar la cabeza por encima de la confusión. Por eso, los que se ocupan del lenguaje lo arrinconan. Por eso Tito piensa que, no obstante adecuar observación y descripción, las gramáticas no son explicativas. Por esa vía vamos a dar a la gramática como teoría de la lengua en tanto sistema complejo de significación cultural, específico en cada caso de realización. Bueno, esto ya es algo distinto de “texto en que se enseña a hablar y a escribir correctamente una lengua”, como dice el diccionario; y es algo también distinto – con otra distintura – de aquello que le competiría a un hablante oyente ideal en una comunidad lingüística homogénea. Pero no es distinto desde la barrera. Es distinto en la arena.

Con ello, Tito nos deja en un nuevo comienzo: explicar la generación de la significación, tal como la efectúan los hablantes en todas sus variedades lingüísticas. Fíjense que habría podido empujar hasta las variedades idiolectales, que las tenemos allí pero las diluimos a favor de una supuesta comunicación. Está excusado Tito de no llegar hasta ese nivel que, según los cálculos de descriptibilidad de lo real, es un abismo de la razón. Hasta dónde es posible llegar, es un camino de discusión que podría tener un punto de basta, pero de acuerdo con la perspectiva que se escoja. No hay abismo de la razón kantiana – neurótica, podemos decir – si hay ética. Pero eso es otro tema mediante el cual el asunto de la incognoscibilidad de la realidad no se nos convierte en una pasión por la ignorancia ni en un amor por el saber. Ahí se engancha la cuestión del deseo. Pero es donde otra relación con el lenguaje hace su aparición; es donde Lacan dijo que no le interesaba hacer lingüística sino lingüisteria o lingüistería. Pero Tito está excusado en este punto, pues su afición por el lenguaje no lo ha llevado a oír pacientes.

Tito no quiere que comprender la significación (dada en la oración) esté separado de comprender la interacción verbal (dada en el discurso). Con ello, volvemos a estar al comienzo en un sentido: Tito no inventa el mundo, sino que concita a los investigadores del hombre y de la sociedad para tener, al menos, una base: a saber, que el hombre integra la experiencia biológica, física, psíquica y cultural. ¡Qué acto de fe, por Dios, en esos que hablan de lo biológico y que, sin embargo, no se atreven a hablar de la especificidad de la contingencia vital. Qué acto de fe en esos que hablan de lo físico y que, no obstante, se ven en problemas para definir el tiempo y el espacio, herramientas permanentes de sus

cálculos. Qué acto de fe en esos que hablan de lo psíquico, espacio donde hay una diáspora ante la que la torre de Babel parece una feliz concreción de la ética discursiva de Habermas. Y, por último, qué acto de fe en esos que hablan de lo cultural, ámbito tan inmenso — o de límites tan imprecisos — que no se puede afirmar que sea un imperio en el que el Sol se ponga.

No es que por confiar lo sindique. Es una sinécdoque. Lo sé necesitado de asignarle ese saber a otros, porque si no sería el vacío. Un recorrido por los estudios sobre el lenguaje revela que todos los investigadores han tenido este tipo de fundamentos que, bien vistos, son axiomas indemostrables, pero con el estigma inconfundible de cada época. Gracias a estos axiomas, se puede empezar desde algún sitio y ser verosímil durante un período. Y quien trabaja para demostrar alguno de ellos, pues coge otro camino en el que, a su vez, estará frente a situaciones análogas. Quien sucumbe a la idea de pararse firme, no puede dar ni un paso. Gracias a suposiciones como esas se constituyen los contextos posibles de los actos de significación: suponer que el otro sabe, o cree, o desea que algo se realice, o está investido de un poder, o siente. Y es por suposiciones como esas que montamos en ascensor, o nos hacemos operar el apéndice. Tito no tiene que explicar esos fundamentos, porque no es su propósito, pero se basa en que el proceso psico-bio-físico es transformado por la simbolización y por la presión social en una significación cultural, materializada en un lengua.

No me parece que me engañaría mucho si leo que Oviedo entiende que los esquemas ideativos básicos — evenimenciales y existenciales — no reproducen la estructura de la realidad, sino que producen como uno de sus efectos la idea de una realidad susceptible de ser entendida como organizada de esa manera. No es el momento de navajas de Occam, pero si Oviedo puede, por lo general, dormir tranquilo pensando que hay eventos y existencia... es porque tenemos el lenguaje. En qué sentido va la flecha... es algo que divide las escuelas, pero es curioso que esa decisión no resulta determinante de la precisión y de la rigurosidad de lo que se produzca, en cada caso, pues el que toma la decisión contraria también puede ser preciso y riguroso. Razón de más para sospechar que todo el asunto no se trata simplemente de hombres terminados que aplican el método científico probado, sobre los objetos objetivos, para hacer hallazgos cuyo estatuto, de antemano, es científico.

Los individuos se integran a un mundo humanamente interpretado, como dice Oviedo. Parece fácil decirlo y entenderlo, aunque una cultura entera (con todo y su epistemología) se le opone, aunque la metafísica misma del hablar se

le opone. Es por eso que afirmarlo es tener la soga de collar. Toda significación es cultural y cobra vida en actos específicos, en mundos de referencia específicos. O sea, la significación es significación. ¿Se dan cuenta cómo es de difícil hacer una tautología? Es lo que enseñan los años, según Borges. Entonces, ¿dónde y cómo encajar la operación que logre introducir una torsión en esa lógica? En otras palabras, ¿cómo describir el lenguaje si he de servirme de él y de sus propiedades — que no son deícticas — para tal descripción? La lengua es — según palabras de Oviedo — poliscópica y polifónica. Cosa que tiene lugar, suponemos, también en el acto mismo de afirmarlo. Pero si, a su vez, esa frase que describe la lengua es, por pertenecer a la lengua, poliscópica y polifónica, ¿qué nos espera? ¿Cómo establecer la idea de que el aparato formal sirve de apoyo a la organización de las expresiones, a los propósitos y necesidades en el discurso? Cuando ya hay huevos y hay gallinas, sabemos que la pregunta por cuál fue primero nos instala en una retrospcción infinita. Tito lo sabe, porque hasta en las “últimas” operaciones del lenguaje, encuentra los aportes de la significación. Ella está al comienzo y está al final. Es la misma idea de zambullirse en un mundo previamente interpretado. Así, cuando decimos “forma”, asumimos una manera de referirnos a la compleja realizabilidad de la significación. Tito permite afirmar que *la unidad mínima de significación es la cultura*. Recuerden que por otra vía habíamos llegado a la idea de que la partícula elemental es el universo.

El plano retórico marca las formas. Las formas son el sedimento de la lengua como acto social. Lo que en una lengua es una forma, en otra es un discurso. Para decir lo que en navaho está incorporado en una de las partes del verbo (como morfema gramatical), en español tenemos que construir toda una explicación. Cuando el traductor del acusado es conminado a traducir la expresión que le da su base al funcionamiento de la institución del derecho, “¿culpable o inocente?”, tiene que contar con que se trate de una lengua que admite esa oposición, pues en bosquimano, por ejemplo, no existe.

Las estrategias y la organización del intercambio lingüístico, terminan cambiando las formas, lo que históricamente desbarata cualquier panorama sincrónico de aparente estabilidad. Terminamos buscando la clave en otro sitio, ya que el prestidigitador, el ilusionista, la ocultó, violando las reglas del juego. Por eso siempre gana. Por eso en el *Cratilo* hay un “legislador” que nunca pierde. Y el sitio oculto de la explicación, cuando se deja vislumbrar, se llama, en la teoría de Tito, plano ideo-actitudinal, donde juzgamos las actitudes psico-sociales del hablante, aunque siempre, en el fondo de nuestro corazón, habite la pregunta por lo que el otro quiere, ya que nunca se revela simultáneamente con el

El lenguaje, ese desconocido

despliegue de las cartas interpretativas de la ciencia. Hay un malentendido de base. La estructura compleja que se describe tiene una falla. Hay algo que no está representado allí en el mensaje. Por eso, el lenguaje admite que se lo siga indagando. Y creo que Tito no cesa de hacerlo. Lo tiene entre ceja y ceja.